

## CÓRDOBA, LA CIUDAD DE LOS LIBROS

Eduardo Mármol Bernal

Existe un dicho árabe:

*Law lā l' -arabintaja á nur al-bada ra ft l- úsur al-wusta*

(Si no hubiera sido por los árabes la luz de la civilización se habría apagado en la Edad Media.)

El conservar y transmitir a Occidente la antorcha del legado científico de la antigüedad clásica, helenística y oriental se lo tenemos que agradecer a los árabes medievales. Gracias a la rápida asimilación, reelaboración, ordenación, clasificación, exposición pedagógica y comentarios de las obras antiguas, que se conocieron en la versión árabe a partir de la segunda mitad del siglo VIII comienza un florecimiento del libro en todas sus facetas.

Es muy probable que el primer texto árabe, escrito en forma de libro fuera el Corán y de ahí que se adaptara la palabra Kitab usada por Mahoma. El libro en árabe recibe el nombre de escritura en el sentido de conjunto de palabras que no se pueden modificar. Es curioso que en árabe la palabra libro, kitab, procede de la raíz kataba, "escribir", cuando en otras culturas para designar el libro se eligió el nombre de la materia escritoria: la tableta (ya fuera de barro o de madera), la hoja de palma, la corteza de árbol, el papiro, etc.; o cualquiera de las formas que podían recibir varias de estas unidades reunidas a causa de la extensión del texto: díptico, tríptico, volumen, rollo, códice, etc.

Los árabes en la época Abbasí de Samarcanda, iniciaron la fabricación del papel, abundaba el agua, el cáñamo y el lino, comenzaron produciendo un papel de alta calidad, hasta que Harū'n al Raxid (786-809) contemporáneo de Carlomagno, se sabe que hizo traducir obras griegas que sus tropas consiguieron como botín en las expedicio-

nes contra Bizancio. Harū'n ordenó que se estableciera una fábrica en Bagdad, donde la demanda de papiro y papel era muy grande, tanto para las necesidades de la cancillería califal como para atender a la demanda de obras escritas. Introdujeron novedades en la fabricación, sustituyendo el bastidor de bambú por una retícula fina de hilos de algodón y la utilización, para la consecución de la pasta, de la fuerza motriz del agua en los molinos en los que la rueda dentada permitía transformar el movimiento circular proporcionado por la corriente en movimiento alterno.

Más tarde contaron con fábricas en ciudades persas como Shiraz y Tabriz, que llegaron a fabricar el papel más famoso, bello y resistente del Islam: armenias, como Ani; sirias, como Damasco (donde se exportaba a Europa Occidental a través de Grecia), Trípoli y Bombice, yemenitas, como Saana y egipcias, como Alejandría.

El esplendor de la industria árabe fue tal que llegó a producir más papel que papiro durante el siglo X, reciclando trapos para su fabricación y utilizando el azafrán y el jugo de sicomozo para teñirlos de amarillo y pardo. Otros materiales utilizados eran el ramio, el lino y el cáñamo.

Los principales historiadores del papel como son Joseph Karabacek en su libro *Das arabis che Paper* (Viena 1888) y Charles Briquet, nos cuentan que entre los árabes de los primeros tiempos en la Península, es completamente normal la aplicación de la fuerza del agua a los molinos de papel "los molinos hidráulicos". Valls nos detalla cómo funcionaban en Fez a finales del siglo XII unos cuatrocientos molinos con ruedas hidráulicas a parte de las técnicas utilizadas, como el blanqueo de las fibras con cal, el encolado con goma arábiga o engrudo de almidón y la verjura de la forma de latón.

La industria islámica normalmente funcionaba con pequeños obradores que no solían pasar de cinco operarios, o de una familia o clan, según Goitein, por supuesto, controlados por un funcionario, el sâhib al-sûq, que era el encargado de controlar la calidad del papel.

Según la única descripción que se conoce de las primeras técnicas de fabricación del papel en el Islam occidental, del sultán zirida de Ifrîgiya (Tunicia) del siglo XI, nos detalla una artesanía resueltamente conservadora.

“No hay ninguna prueba de que la producción de pasta de papel hubiese estado mecanizada en el Al-Andalus. Ibn Badis en su tratado sobre el método de hacer libros, detalla como son los pasos para fabricar papel, pero no hace referencia a donde se encontraban los molinos o prensas ni de mecanismos de cualquier clase. Si describe las fases de la fabricación del papel: Se lavan las fibras de lino, se ablandan a base de remojarlas y peinarlas, dejándolas toda una noche en un baño de cal viva, se restriegan o escurren con las manos y se rodean al sol. Este ciclo de 24 horas de remojar y secar se puede repetir de tres a siete veces. Después, se ponen en agua limpia para lavarles la cal, se pican hasta eliminar cualquier grumo, y, poniéndolas de nuevo en agua, se reducen a una pasta viscosa que se refina golpeándola vigorosamente. Esta pasta se pasa a una forma o molde de varillas trenzadas como las de los canastos, donde comienza a perder su agua, y seguidamente, sobre una plancha plana, se adhiere el pliego a una pared hasta que acaba de secarse, se le recubren entonces ambas caras con una cochuera de creta o almidón, se rocían ligeramente con agua y se apilan. Una etapa adicional de refinamiento consiste en volverlo a remojar con unas combinaciones químicas que se describen y a satinarlo o pulirlo “con un bruñidor de vidrio”.

El papel significó una auténtica revolución para el desarrollo y la expansión del conocimiento, al hacer más fácil la acumulación y comunicación del saber, proporcionó un soporte fiel, donde habitara la memoria escrita, gracias a su consistencia y durabilidad, por lo que rápidamente se extendió su uso. Inició su recorrido a través de la ruta de la seda hasta Asia Central e introducido en Europa por los árabes a través de la Península Ibérica por Córdoba capital al Al-Andalus. En Al-Andalus, se acostumbraba a decir “Cuando un rico muere en Sevilla y se quieren vender sus libros, se les envían a Córdoba”. Que fue llamada “La ciudad de los libros” según Al-Maqqari “Córdoba es, en todo el mundo, la ciudad que más libros tiene”. Pero no era una cita gratuita, pues sólo en la biblioteca del califa Al-Hakam II, instalada en el alcázar de Córdoba, había más de cuatrocientos mil volúmenes. Frente a las cifras de los centros culturales cristianos como Ripoll, en el año 1047, tenían 192 volúmenes y Silos, solo 117. En la biblioteca de Ripoll da fe de la procedencia cordobesa de sus papeles. Muchos de los libros de la biblioteca del califa, fueron vendidos, dispersados y destruidos tras la caída de los

Omeyas (1031) y de la que no queda casi ninguna obra, sólo se conoce una en Fez.

Expertos en el tema han hecho el cálculo que para escribir un libro de 392 folios de gran formato (560 x 390) se necesitaban matar una gran cantidad de reses, tantas como 200 animales. De la Biblia de Gutenberg se imprimieron entre 180 y 200 volúmenes, de ellos unos 30 ejemplares se hicieron sobre vitela, y aproximadamente para cada uno se precisaron 170 pieles de ternera, por lo que se tuvo que sacrificar unas 5.100 terneras.

Es difícil no reconocer que muchos de esos libros que existían, no estuvieran hechos de papel fabricado en Córdoba. El manuscrito de papel, utilizado en los territorios islámicos y contemporáneos del código de pergamino, circuló por su baratura a lo largo y ancho del extenso mundo musulmán, facilitando la cultura de muchas zonas geográficas muy alejadas y de tradiciones muy diferentes así como el desarrollo de un pensamiento científico y de una literatura común. Al-Andalus fue una de las piezas notables que componían el amplio mosaico del mundo islámico, los andaluces que dispusieron de libros baratos y de muy diversas y nutridas bibliotecas, abundaron los estudiosos y los literatos de primera fila, el pensamiento filosófico griego fructificó en el Islam gracias a las traducciones.

En Córdoba se crearon las palabras más admirables y se compusieron los escritos más eminentes. La causa de todo ello, y de la primacía de sus gentes sobre las demás en tiempos antiguos y modernos, reside en que las tierras cordobesas acogieron únicamente a los estudiosos y a los entregados a las varias ramas de las ciencias y letras; era la capital del saber, una colmena de eruditos, de juristas, de médicos, de sabios y poetas (hasta 40 poetas tenía la corte). La mayoría de la población en Al-Andalus especialmente en las ciudades era bilingüe, árabe y la lengua romance pero no, como lengua escrita el árabe terminó arrasando al latín, que sólo conocían, como en el norte los eclesiásticos, y no todos.

Esta época conoce el auge de la ciencia “árabe”, que quedará durante largo tiempo a la cabeza de cualquier otra. Una ciencia en principio importada de Oriente, sobre un fondo de cultura helenística y latina, después llega a ser autóctona en todas las ramas: álgebra, astronomía, biología, botánica, zoología, música. En Al-Andalus se adopta el sistema de numeración indio. El mejor cirujano musulmán Albucasis vive en Córdoba, muchas de las obras conocidas árabes lo son en Europa a través de sus tradiciones latinas, gran parte de ellas no se hicieron directamente, sino pasando por versiones intermedias hebreas o romances, y muy frecuentemente en ambos casos. Fue también un foco de estudios talmúdicos para los precursores del judaísmo sefardita, que se expandirá en los siglos siguientes por la Península.

En el año 1000 Córdoba y otras ciudades relevantes como Sevilla, contaban con alumbrado público formado por candiles de aceite y red hidráulica y de alcantarillado, existe un documento de una posible fábrica de papel en Sevilla. Es el "Tratado de Ibn Abdun", en este códice el autor se ocupa especialmente de los gremios sevillanos de su tiempo y recalca que en Sevilla se fabrica todavía pergamino y parece que la industria del papel es bastante próspera, pero advierte que conviene aumentar un poco el tamaño de la forma o molde, y mejorar asimismo el satinado de las hojas. El papel tenía entre los árabes un carácter de monopolio del Estado, como ocurrió con el papiro en Egipto. La demanda y la relativa facilidad de comunicación proporcionaron nuevas directrices y métodos de traslados a larga distancia. Se estableció un nuevo sistema monetario reconocido internacionalmente. La afluencia de metales preciosos y el oro africano, a tierras del califato facilitó la expansión del sistema monetario, el dínar de oro abasí fue durante muchos siglos la moneda de intercambio, y en Córdoba fue instalada una fábrica de la moneda, hallándose monedas de plata islámica en Escandinavia y en Inglaterra en el bosque de Wychwood, al norte de Oxford. Y precisamente en la Biblioteca Bodleiana de Oxford, se encuentra un tratado de gramática de Diwan el Arab, que es una de las pocas muestras de papeles árabes de los siglos IX y X. A partir de otro tratado sobre palabras raras y curiosas usadas en la sentencias de Mahoma, que se encuentra en la biblioteca de la Universidad de Leiden (Holanda) y en la misma biblioteca se conserva en papel un Glosario mozárabe con "Nombres de los colores del Caballo" de los siglos IX ó X. Glosario latino-arábicum. Como lo es de esa

época el *Brevarium et missale mozarabicum* de Silos, códice en pergamino y papel escrito, con 38 hojas o folios de papel escrito con anterioridad al año 1036. Que según el monje de Silos Don Ismael Fernández de la Cuesta publicó un exhaustivo estudio y según las propiedades paleográficas, especialmente la distinción ti y zi, en que basan su afirmación se encuentran los mismos en manuscritos de la segunda mitad del siglo X.

Un número de libros difícilmente calculable de manuscritos permanece enterrado no sólo en las bibliotecas del mundo. Desde Marruecos a la India existen muchos fondos sin catalogar siquiera y muchos de los catálogos existentes, incluidos los de las bibliotecas occidentales, son inexactos y muchas veces imprecisos, aunque su autor haya sido un famoso arabista. Como las obras que han aparecido del gran filósofo cordobés Averroes, nacido en Córdoba en 1126, estudioso del comportamiento humano que desarrolló el pensador griego Aristóteles. Dejó un gran legado de escritos en árabe y en hebreo, parte de ese gran legado sale próximamente a subasta en una famosa casa de Londres. Según consta, el compendio de manuscritos en hebreo de la obra de Averroes se presenta en cuidados pliegos de papel en los que el margen ocupa la zona derecha de la escritura. Los trazos están realizados con una cuidada caligrafía y en tinta marrón oscura, se remata en ocasiones con una ligera decoración floral en algunas letras capitulares. En esta obra en papel destaca que presenta algunas zonas ligeramente deterioradas, fundamentalmente en la parte inicial de las más de doscientas páginas que la integran. ¡Cuántas obras existirán para que podamos escribir la verdadera historia!